

«LA NAVIDAD EN EL MESON»

PERSONAJES: Eliud: El mesonero (joven saduceo)
Jeconías: Negociante fariseo
Alejandro: Judío nacido en palestina pero criado en
Efeso
Huafán: Sirviente del mesón (Celote)

PRIMERA ESCENA

(Después de una narración introductoria a este diálogo aparece Eliud con su sirviente Huafán, conversando acerca de la marcha del mesón y le da instrucciones acerca de la conducta a seguir con los que deseen hospedarse).

ELIUD: Bien Huafán, por lo que me dices, las cosas han marchado bien, entre comidas para los huéspedes, forraje para los animales y alquiler de los cuartos, hemos ganado hoy, más que todo el año anterior. Debía haber un empadronamiento todos los años. ¿No crees?

HUAFAN: Realmente el día ha sido muy bueno, y todo este mes también... pero...

ELIUD: ¿Pero qué?... no estás satisfecho? Recuerda que te he prometido un sobresueldo generoso. Sé que estás trabajando más de la cuenta, pero te aseguro que...

HUAFAN: No es eso, mi señor, bien sabes que te serviría sin esas promesas, por lo generoso que has sido conmigo... Lo que pienso es en el abuso de los romanos en hacer este empadronamiento en esta época del año; ya se sienten los primeros fríos, y pienso en los largos viajes que tienen que hacer cientos de familias, pasando las noches a la intemperie con escasés de comida y de ropa. Usted sabe que el pueblo está empobrecido; los impuestos romanos, mas los abusos de los traidores publicanos han acabado con el dinero de Israel... A veces pienso si Dios se habrá olvidado de nosotros. Hemos llegado a ser escarnio de las naciones... esos perros romanos contaminaran nuestras ciudades con sus ídolos, vejan nuestras mujeres, explotan a nuestros jóvenes y tengo entendido que la semana pasada un grupo de soldados borrachos intentaron entrar en el Santo Templo de Jerusalén y mataron a un sacerdote, y esto es lo que ellos llaman «Paz Romana» Cuando pienso en estas cosas, me consuelo sólo, palpando la espada que siempre llevo oculta entre mis ropas. Un día cercano cambiará, todo cambiará cuando venga.....

ELIUD: Si Huafán, ya sé, cuando venga el Mesías, el Ungido, el Príncipe de Paz. Todos hablan de él, especialmente en estos días, después de las últimas revueltas. Parecen olvidar que por siglos y siglos hemos estado esperando como pueblo, mientras tanto hemos sido pisoteados por todos. Nos hallamos hoy dispersos por el mundo, olvidados por todos y odiando a todos. Tenemos que vivir, entiendes Huafán? Ya es bastante carga vivir en este mundo para añadir a eso, nuevos problemas y nuevas frustraciones desprecio tanto como tú a los romanos, pero no los odio. Detrás de toda su arrogancia hay sin duda también, tristeza, frustración y tedio. Son dignos de desprecio por creerse superiores y humillar a los que le rodean, pero también son dignos de lástima, porque ellos también van por el camino de toda la tierra, y al fin, no son más que polvo.

HUAFAN: Ojalá descieran vivos al Seol.

ELIUD: Tu Seol se parece mucho al Hades de los griegos; lugar de tormentos y sufrimientos; lugar de sombras y tinieblas. Todo es mentira, Huafán. Más allá de los sepulcros no hay nada; polvo somos y al polvo tornaremos.

HUAFAN: Señor, hablas como un extranjero. Has perdido la fe en nuestro Dios. Te has olvidado del Dios de Israel ¿No crees ya a los profetas y a la sagrada escritura?

ELIUD: No, querido Huafán, bien sabes que soy saduceo y honro a Moisés y obedezco la ley, cuyo primer mandamiento pone al Dios de Israel sobre todas las cosas, como único Dios verdadero. Lo que no creo es en muchas de las enseñanzas de los rabinos y escribas, que engañan al pueblo, y añaden cargas que Dios nunca mandó. Para mi Dios es distinto... es... Bueno, basta ya de religión, no soy rabino sino mesonero, como fue mi padre y mi abuelo y hay mucho por hacer...

HUAFAN: Perdona mi señor, si lo he molestado, lo que pasa es que yo...

ELIUD: Bien Huafán, no te preocupes, lo que quiero es que regreses a tus quehaceres y que no olvides que eres mi sirviente, de un mesón y no filántropo ni político... Gesus el árabe, que trabaja en la caballeriza, me contó que ayer le negaste el hospedaje a un publicano que te ofreció 50 siclos por un cuarto, y se lo alquilaste a un labrador, dudo que te haya podido pagar la mitad. A mí no me importa de quien venga el oro si es legítimo. Es lo único que hace la vida un poco más agradable. Pero, dime una cosa. ¿Cuántos cuartos quedan?

HUAFAN: Quedan sólo dos cuartos, señor. El que me dijiste que reservara para Alejandro, su amigo y el cuarto especial, que reservas para el momento oportuno en que lo puedes alquilar lo menos en 30 piezas de plata... Aunque yo creo que ese precio solo pueda pagarlo un príncipe.

ELIUD: Un príncipe o cualquier ricacho que no quiera dormir a la intemperie. El dinero de este cuarto, lo tengo dedicado para adquirir el más delicado perfume de rosas de sarón.

Dudo que Sara, la hija de Abimelec, pueda resistir a mis ruegos de amor después de un regalo tal.

HUAFAN: Quiere entonces decir, que ya no queda lugar en el mesón, ni para uno de mis pobres ciudadanos. En fin, si así lo quiere mi señor. (Se retira el siervo y Eliud queda solo contando el dinero. Entra Alejandro.)

ALEJANDRO: Salve Eliud, hijo de Ananías, la paz sea contigo.

ELIUD: Alejandro, mi gran amigo Alejandro. Al fin llegaste, pensé que el hijo de Zacur se había olvidado de este humilde mesón y de que él también era hijo del gran rey David y que debía venir a Belén a empadronarse.

ALEJANDRO: ¿Dices que este es un humilde mesón? Eso podía ser antes, pero hoy. Ese usurero que tienes por siervo, no me conoce, y me ofreció la única habitación que dice, queda en el mesón y ¿sabes cuánto me pidió? 30 piezas de plata. Solamente un príncipe imperial podría pagar tanto. Estás loco, querido amigo, o es que piensas que el César se aloje aquí.

ELIUD: No buen Alejandro, no estoy loco, Espera solo unos días y verás lo que se vuelve Belén. Ya no hay espacio en ningún mesón y ni siquiera en las plazas públicas ni en los alrededores de la ciudad. Ese cuarto que tengo reservado no será como el del César pero creo que no tendrá mucho de qué envidiarle... especialmente en estos días aquí en Belén (Risa) Esas 30 piezas de plata las tengo destinadas para hacer un hermoso regalo. Pero para ti, mi querido Alejandro, siempre hay lugar en la casa de Eliud. Te he reservado una magnífica habitación y he dado órdenes de que se te complazcan los más sutiles deseos.

ALEJANDRO: Mucho te lo agradezco, Eliud, y prometo pagarte el favor contándote maravillosas experiencias adquiridas en mis constantes viajes comerciales a través de Asia y Betania. Si tal vez así te convenza a abandonar el mesón, y acompañarme en mi vida de aventuras. Ahora te agradecería, me condujeras a mi habitación, para asearme y descansar que no es juego viajar desde la populosa Efeso hasta aquí.

ELIUD: Si, acompáñame para mostrarte tu cuarto que es una buena habitación. (Salen)

(Aparecen hablando Alejandro y Eliud. Alejandro habla de sus aventuras, y caen al punto de la esperanza de Israel. Más tarde entra Jeconías.)

ALEJANDRO: Y fue así como pude escapar, salvando mi caravana de las bandas pagadas por ese reyezuelo del sur del Mar Negro. Pero eso no es nada, hace más o menos un año...

ELIUD: Alejandro, perdona que te interrumpa, pero mientras me hacías esa historia de tu vida estaba pensando en algo que hace tiempo me da vueltas en la cabeza. Vale la pena vivir una vida así. Tus relatos están llenos de gobernantes abusivos, revueltas populares, muertos, rencores, venganzas, orgías. Las palabras pureza, amor, paz, no han aparecido ni

una sola vez en tus relatos. (Silencio) Tu silencio me convence de que la respuesta sería negativa... a mi me pasa lo mismo. Tengo una buena posición económica, soy respetado en Belén, no me vedan los mejores puestos en las sinagogas... y sin embargo siento como una sed interior que me consume... Como si algo me faltara aquí, en medio del pecho. Por otro lado miro a mi alrededor y veo, igual que tú, que todo mal, la tierra está llena de odios, de abusos, de desigualdades sociales; los redimidos oprimen a los judíos y al mundo entero. Los judíos sueñan hacer lo mismo con los romanos. Puede esto ser el plan de Dios? Será cierto lo que los rabinos enseñan acerca del Mesías Príncipe. Ellos lo presentan como un conquistador que llevará a la nación a gobernar el mundo.¿Y qué diferencia habría entonces? En vez de la opresión romana, el mundo soportaría la opresión judía. ¿Y qué? Los hombres seguirían siendo lo que son: Lobos los unos contra los otros.

ALEJANDRO: Eliud, te oigo hablar así y casi no lo creo. Tú metido a filósofo... pero tengo que confesarte que yo también he pensado así. Y ahora que mencionas al Ungido, nunca antes he oído hablar tanto de él. Hay como una expectación entre nuestro pueblo disperso en el mundo. Todos lo esperan, en la sinagoga se menciona cada Sábado, y he oído rumores de que en el Templo de Jerusalem hay dos ancianos, que si mal no recuerdo, se llaman Simeón y Ana que dicen que el Señor les reveló, que antes que murieran verían venir al Templo al Mesías. Has oído algo de eso aquí en Belén.

ELIUD: Si... es cierto, lo he oído varias veces... pero no le ha prestado atención... Se dicen tantas cosas. Pero dime, Alejandro, ¿qué piensas tú del Mesías? Dicen que aparecerá de improviso, que nadie sabrá donde sea, Pero sobre todo que será un gran rey y que entrará en Jerusalem montado en un pollino como los antiguos reyes... ¿qué dices?

ALEJANDRO: Yo se poco de religión, tu lo sabes, mi vida no me permite leer mucho. Sin embargo, hace unos meses, mientras descansaba de una de mis correrías, me entretuve leyendo los rollos del gran profeta Isaías y encontré un pasaje que me impresionó tanto por su belleza, que aprendí de memoria dónde se encontraba. ¿No es eso un rollo de Isaías? (Señalando el rollo) Alcánzame por favor (Busca el rollo) aquí está Isaías 53:1-8 (Lo lee) Hallé en esto verdadera poesía y mientras lo leía experimenté una dulce paz. Al Sábado siguiente la pregunté al Gran Rabino de mi sinagoga si eso estaba escrito acerca del Mesías y si vieras como se turbó. Me dijo cosas incoherentes: Que esa porción no era clara, que era simbólica, etc. y me recomendó que leyera lo que el gran rabino Hillel había escrito acerca del Mesías.

ELIUD: Hillel, buena pieza. El fue el que escribió. Nosotros somos benditos, ellos (los extranjeros) los malditos, pura fanfarronería.

ALEJANDRO: Tienes razón, Eliud, hace años que no pierdo mi tiempo en leer las tradiciones de los padres. Los considero un tumulto de comentarios secos, áridos como el desierto, sin embargo, las Escrituras, las pocas veces que puedo leerlas, me refrescan, me animan. Pero volviendo al Mesías, Eliud, realmente no lo espero como conquistador poderoso y vengativo, si así fuera, me desencantaría un poco con permiso del Gran Hillel,

lo preferiría un Dios justo, pero amoroso que uniera a todos los hombres nobles de todas las naciones con un mensaje distinto y lleno de poder.

ELIUD: Oye Alejandro, ahora tú eres el que estás en peligro. Si te escucha Huafán, mi siervo, que pertenece a los Celotes (Hace un gesto de deguello) El otro día me mostró su espada, siempre la lleva arriba, lista para matar romanos o simpatizantes de ellos. En el fondo creo que no mataría ni una mosca, es todo caridad... claro, con los judíos. Además, si por casualidad viniera aquí Jeconías y nos oyera hablar del gran Rabino Hillel. (Entra Jeconías)

JECONIAS: Paz a vosotros, hijos de Abraham, he oído por casualidad mencionar al bienaventurado Hillel, gloria de su nación y lumbrera del mundo. Sus escritos son para mi, aliento diario, manjar delicado que me hace reanimar en medio de las calamidades presentes, recordarme mi noble estirpe como descendiente de Abraham.

ELIUD: Jeconías, te presento a mi amigo Alejandro, hijo también de Abraham pero criado en tierra extraña.

JECONIAS: Bienvenido seas a Belén, hermano... Solo lamento que lleves ese nombre extranjero, que tanto me recuerda las vergonzosas costumbres que se están introduciendo en nuestra tierra y que provienen de ese despreciable país de Grecia.

ELIUD: ¿Despreciable país, y es cuna de la cultura?

JECONIAS: Bien Eliud, no comencemos con nuestras interminables discusiones. Ya sé que has sido ganado para el grupo de los saduceos innovadores que... bueno, dije que no iba a discutir... en fin vengo a pedirte un favor y eso es lo importante; lo demás lo dejaremos para cuando venga el Ungido, cuando se levante la Estrella de Jacob y el cetro sea devuelto a Judá.

ALEJANDRO: Veo que eres versado en las Santas Escrituras, Jeconías. Precisamente estábamos hablando de eso. ¿Donde nacerá el Mesías? O es que nadie sabrá donde sea.

ELIUD: Amigo, le has dado en la vena del gusto.

JECONIAS: Me es grato saber que también te preocupas por nuestra esperanza, a pesar de haberte criado en tierra extraña y llamarte Alejandro. Pues bien, nadie en Belén ignora esa preciosa verdad. El profeta Miqueas escribió siglos ha diciendo: «Mas tu Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti saldrá el que será Señor en Israel» Si, amigo, el Bendito nacerá aquí o tal vez ya nació, muchos años ha. Tal vez pronto se presente con un poderoso ejército celestial y nos liberte del yugo romano.

ALEJANDRO: O tal vez se presente manso como un cordero. No dicen así las escrituras? (Señalándole el rollo que tiene en la mano.)

JECONIAS: ¿Cordero? si, es cierto que Isaías habla algo parecido, pero eso no ha podido entenderse, lo que yo espero con ansias es al León de Judá. Si, el León de Judá que despedace al águila romana.

ELIUD: Cordero o León; León o Cordero, lo que si es cierto que todos parecen esperar. Si tal vez venga al empadronamiento.

JECONIAS: ¿Venir al empadronamiento? Qué disparate dices Eliud. Venir el Mesías al llamado autoritario de Roma. Ah. Ya sabrán los romanos lo que es el filo de la espada judía; ya lo dijo el gran Rabino Hillel. Nosotros somos los benditos, ellos los...

ELIUD: Dejemos eso Jeconías, ya sabemos lo que dijo el bendito Hillel pero dime, qué favor deseabas, estoy listo a servirte.

JECONIAS: Verdad que eres impaciente, querido Eliud. Cualquiera pensaría que deseas deshacerte de mi. ¿No le pareció a usted, noble Alejandro?

ALEJANDRO: No piense así, Jeconías. A simple vista se ve lo que mi amigo le aprecia.

JECONIAS: Bien, creamosle así. En fin de cuentas, Eliud, lo que necesito es conseguir un carpintero, un carpintero diestro... y económico, que se encargue de repararme el viejo establo abandonado que mi difunto padre me legó junto con las ovejas, el ganado y las pocas tierras que ahora poseo.

ELIUD: Pocas tierras, y posees casi 50 estadios en Belén, sin contar las de Capernaum con sus atos de cerdos.

JECONIAS: Hablas más de la cuenta, Eliud. Las tierras no son tantas y en cuanto a los puercos, a animales inmundos y despreciables, sabes que nada tengo que ver con ellos. Los atiende mi mayordomo sirio, tan inmundo como ellos... Yo solo percibo las utilidades a fin de año. Además, debes frenar las palabras... bien sabes que últimamente estoy suministrando corderos para los sacrificios del templo, y un mal entendido sobre los puercos puede afectar mis negocios... los sacerdotes últimamente están un poco estrictos. Precisamente quiero reparar el establo para cuidar mejor los corderos durante el invierno. Quiero que lo que se ofrezca en el altar tenga mejor calidad. Bueno, claro, todo comerciante quiere que su comercio prospere. ¿No tienes tú también cuartos especiales para príncipes?

ELIUD: Si, es verdad. La diferencia está en que yo no me hago el justo. Ese cuarto a lo mejor me lo alquila un santo príncipe fariseo, y entonces sería tan sagrado como tus corderos.

JECONIAS: (Haciendo un gesto de marcharse) Eres un blasfemo.

(Entra Huafán)

HUAFAN: Señor, perdone que los interrumpa, quisiera hablarles algo, aunque no se si en la presencia de estos señores...

ELIUD: Habla, Huafán, ellos son como de la familia (Mirando de reojo a Jeconías.)

HUAFAN: Hay una pareja en la puerta que necesita alojamiento y a mi me gustaría que...

ELIUD: ¿Pueden pagar lo que sabes?

HUAFAN: Señor... A la verdad... me parece que no. Es un carpintero de Nazaret con su esposa.

JECONIAS: ¿De Nazaret? vaya, esa gente.

ELIUD: Huafán querido, me estás agotando la paciencia hoy. ¿No sabes que ese cuarto es solo para príncipes? ¿No sabes que es el único que queda? Para tu carpintero. NO HAY LUGAR EN EL MESON.

HUAFAN: Perdone, mi señor, pero es que la esposa parece estar en cinta, y usted sabe que no hay otro lugar en Belén... y aunque no soy médico me pareció por su cara... que pudiera nacer el niño... y como ya hace frío... yo estaría dispuesto a renunciar a mi sobresueldo para compensar en parte.

ELIUD: Basta, Huafán... realmente estoy conmovido por tu bondad... pero (Pensativo) no, no puede ser, ese cuarto representa mucho para mi... además, yo no tengo la culpa de su problema.

HUAFAN: Señor, tenga misericordia... es casi invierno... si usted viera sus rostros. Se ve que son gente pura. El puede ser solo un carpintero, pero es tan descendiente de David como usted y me parece...

ELIUD: Huafán que formas son esas... No te despido solo por el recuerdo de los servicios prestados. Basta ya. El mesón es mío, y hoy no tengo lugar para carpinteros, sino para príncipes. Despide inmediatamente a ese hombre y trata de no molestarme más. (Huafán hace un gesto de marcharse pero Jeconías lo detiene.)

JECONIAS: Espera, Huafán, espera, Dices que ese hombre es carpintero y está en apuros, pensándolo bien, tal vez yo pueda socorrerlo, claro si el luego se porta agradecido y me arregla el establo, cobrándome moderadamente. En fin hoy me siento generoso. Mira, dile que ocupe mi establo, el que está en las afueras, pasando el arroyo, al final de esta calle. Cierto es que tal vez haya unos pocos animales... pero es mejor que dormir a la intemperie y

esta noche en Belén no hay lugar para nadie... ni siquiera en el mesón del bondadoso Eliud... (Se sonríe.)

HUAFAN: Un establo como casa y un pesebre como cuna... que triste comienzo el de este niño, si llega a nacer esta noche, pero en fin sea hecha la voluntad del Altísimo. (Huafán sale pensativo, y Jeconías detrás de él. Eliud y Alejandro salen por la otra puerta.)

CANTO: Sin Alcoba Quieta.

TERCERA ESCENA

(Aparece Eliud, desvelado. Cuenta su dinero como medio de entretenerse y olvidar las conversaciones del día. Mas tarde se recuesta y se duerme. Entonces tiene sueños extraños).

ELIUD: No sé que me pasa. No puedo dormir esta noche; tengo la cabeza hecha un torbellino. Primero los negocios y las ganancias absorben mi mente, después todas esas historias de Alejandro. Y sobre todo las discusiones acerca del Mesías... ¿Será cierto que Dios enviará a su Ungido? ¿Se acordará Dios de nosotros?... ¿y especialmente de mi?... indudablemente necesito descanso... Pero, que dulce sería saber que Dios se acuerda de mí si fuera así, si así fuera, yo estaría dispuesto a dárselo todo. (Riéndose) hasta mi cuarto para príncipes. Que tonto he sido. Ese precio no hay quien lo pague. El cuarto está vacío... Y el carpintero de Nazaret. Me había olvidado de él... Jeconías le ofreció el establo. Bueno, yo lo hice peor... dejarlo en la calle y con una esposa al dar a luz. Fui realmente malo... Pero es que la orma de Huafán me molestó. Pero no tengo excusas. Mañana arreglaré el asunto. Le diré a Huafán que vaya a buscarlo y veré si puedo hacerle un lugar en un rincón, claro, no en el cuarto especial, ese es solo para príncipes. (Mira por la ventana) La noche está hermosa y llena de perfume y ese lucero... (Señalando hacia el cielo) Nunca he visto una estrella tan hermosa y brillante... Ojalá no la vea Jeconías, es capaz de pensar que sea una señal de la cercanía del Mesías. El Mesías... hasta yo también estoy pensando en él (Se recuesta y se duerme.)

NARRADOR: Eliud estaba tan agotado física y mentalmente que quedó profundamente dormido. Ya era la medianoche... La ciudad de Belén también dormía silenciosa y oscura... Todo estaba en silencio... Las estrellas en el firmamento brillaban con todo su esplendor en contraste con el bullicio y la agitación del día, esta hora de la noche traía verdadera calma, verdadera paz. (Se oye el himno Noche de Paz.)

NARRADOR: Eliud, que se había dormido impresionado por las conversaciones del día comenzó a soñar cosas extrañas y maravillosas.

VOZ DE ANGELES: Hijo de hombre, hijo de David, tú que tanto te preocupas por el Mesías, tengo también para ti nuevas de gran gozo, que ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador que es Cristo el Señor.

CANTO: «Gloria In Excelsis Deo»

VOZ DE ANGELES: Si, pobre mortal, es cierto, nació aquí en Belén, tal como lo había anunciado Miqueas siglos antes.

CANTO: «Oh Aldejuela de Belén»

VOZ DE ANGELES: La virgen dio a luz a su primogénito y lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar en el mesón.

CANTO: «Ya el Niño Está en un Pesebre»

(Eliud despierta sobresaltado, en el momento en que Huafán cruza la habitación con un bulto en las manos)

ELIUD: Si hay, si hay... hay un cuarto para él.

HUAFAN: Señor, señor, soy yo, su siervo Huafán, no tema.

ELIUD: Perdona, Huafán, tenía una pesadilla, los días han sido tan agitados que uno pierde los estribos... pero que sueño... que sueño maravilloso.

HUAFAN: De que habla mi señor, no entiendo nada.

ELIUD: No es nada Huafán, no podrías entenderlo, pero dime. ¿Adonde vas a estas horas? Todavía falta para que amanezca.

HUAFAN: No se enoje mi señor, pero iba al establo.

ELIUD: ¿Al establo de Jeconías?

HUAFAN: Si mi señor, sabe, no he podido dormir pensando en esa pobre gente, había en su porte una mezcla de cansancio y tristeza y algo así como de solemnidad y pureza, que no he podido olvidar. Le llevaba estas mantas para que se abrigaran... y estos pañales por... por si nacía... Mi señor perdone, pero... No habría para ellos una oportunidad mañana. Quizás mi familia y yo pudiéramos recogernos un poquito para darles un lugar...

ELIUD: No hace falta Huafán, reconozco que me porté mal, mira, dile que vengan mañana temprano... le buscaremos un lugar... aunque sea el cuarto para príncipes...

HUAFAN: Gracias, Señor, yo sabía que usted... en fin, que nuestro Dios se lo pague. (Sale Huafán por una puerta para el establo y Eliud por la otra parte.)

PARTE ESPECIAL.

(Aparece Eliud pensativo. Entran Alejandro y Huafán sobresaltados relatándoles los acontecimientos del nacimiento de Cristo. Eliud comprende que su sueño es un anuncio divino, decide entregarle su corazón a Jesús.)

ALEJANDRO: Eliud, Eliud, mi querido hermano, lo hemos encontrado. Nació ya. Es realmente maravilloso. Me ha costado trabajo dejarlo para venir a avisarte.

HUAFAN: Si viera mi señor, qué hermoso y sonrosado. Tiene cara de ángel.

ELIUD: Pero... ¿qué dicen ustedes? ¿De qué hablan? Me han sacado un tremendo susto. Y sobre todo tú Alejandro, siempre tan sereno y asentado... estás desfigurado.

ALEJANDRO: Es cierto, deja hacer un esfuerzo por serenarme... lo que pasa Eliud es que es muy emocionante... haberte pasado una vida de aventuras vacías, sentirte hastiado, desengañado, y de pronto verse cara a cara con él, con el Mesías, y en esa forma... tan inesperada..

ELIUD: El Mesías, qué dices, noble Alejandro.

ALEJANDRO: Si, señor, el Mesías, el Ungido, el Príncipe de Paz, Jesús el hijo del Carpintero de Nazaret.

ELIUD: Están ustedes locos.

HUAFAN: Permítame explicarle, mi señor. Anoche cuando usted me envió salir me dirigí con toda prisa al establo. Lo primero que me sorprendió fue la estrella... un lucero maravilloso que parecía agrandarse por momentos como si descendiera a la tierra. Me llené de temor, especialmente porque noté que las pocas gentes que estaba en la calle no parecía notarlos. Cuando llegué al final de la calle, antes de cruzar el arroyo, me encontré con un grupo de pastores y pastorcillos, que venían de las colinas cercanas, excitados y casi corriendo. Ellos fueron los primeros en darme la noticia. Me dijeron que los ángeles se le habían aparecido dándoles las nuevas de que en Belén, en un establo, había nacido el Salvador del mundo. Me dijeron además, que un coro de ángeles habían cantado el más maravilloso himno que los mortales hayan escuchado. Yo no podía dar crédito a sus palabras, pero casi sin darme cuenta, estaba corriendo junto con ellos.

ELIUD: Calla, Huafán, estoy turbado, un coro de ángeles... un Salvador nacido... eso fue lo que soñé anoche. Ese fue mi sueño maravilloso. Yo también oí el coro de los ángeles y el anuncio del Salvador nacido. Pero qué horror. En un establo. Y por mi culpa, por no darle lugar en el mesón.

HUAFAN: Eso mismo decía Jeconías cuando llegó después. Pero permíteme continuar el relato. Al llegar al establo, quedé sorprendido. Sobre el techo a poca altura, estaba la estrella, la estrella maravillosa. Su luz parecía dirigirse especialmente sobre el establo que quedaba así iluminado con una misteriosa y bellísima luz celestial. Los pastores calleron de rodillas y adoraron al niño. Yo también me arrodillé pero no pude articular palabra. Mis ojos querían captar cada detalle de la escena. Allí, junto al pesebre, donde estaba acostado el niño, se hallaba su madre, pálida, débil, pero con el rostro iluminado, lleno de felicidad y emoción. Al otro lado, José, el carpintero, contemplaba a su hijo arrobado, mientras se apollaba en su callado. Al fondo como hechizados, estaban algunos animales: un buey, unas ovejas con sus corderitos y frente al pesebre los pastores y yo arrodillados. Cerré los ojos arrobado y permanecí así, no se por cuánto tiempo. Sentí una mano que se apollaba en mi hombro y al levantar la vista, vi a Alejandro, que de pié detrás de mi, había contemplado también la escena, fue entonces que vi también a Jeconías.

ALEJANDRO: Si, el y yo llegamos casi juntos. Yo había salido a dar una vuelta. La noche estaba hermosa, tan misteriosa, que no pude resistir la tentación. Sin darme cuenta cogí el camino del establo. De pronto me acordé del carpintero, y pensé jugarte una broma llevándolos a mi habitación, al fin y al cabo, quien como yo ha dormido cientos de noches en el desierto, puedo dormir algunas un poco incómodas. Pero al llegar cerca, vi una luz y oí música celestial. Algunos de los pastores, que regresaban a dar a sus familias las buenas nuevas, se cruzaron conmigo y me dijeron: vaya, vaya, buen hombre y adore al Mesías que ha nacido hoy en Belén. Quedé como electrizado. Volé más que corrí, el tramo que quedaba por recorrer, y allí estaba dormido y reposaba, sobre un pesebre. Su boquita roja como una rosa parecía sonreirme, y yo, el valiente Alejandro no pude ni moverme.

HUAFAN: Creo que fue entonces cuando llegó Jeconías, ¿no me dijo usted así?

ALEJANDRO: Si,fue entonces. Estaba lívido. No se por qué habría venido,pero sin duda los pastores también le dieron la noticia, en el camino. Cayó de rodillas y comenzó a musitar cosas imperdonables. Solo entendí algunas frases sueltas como: «Tenía razón Isaías el profeta» «Como un cordero» «Nació en mi establo». Que horror, que vergüenza, por mi culpa y mi egoísmo nació en un establo». «Era Cordero y no león». «Perdón, perdón» y otras cosas que no recuerdo. Entonces me sentí invadido de un gran gozo y de perfecta paz... Me quité mis anillos, mis joyas, saqué mi bolsa de monedas, todo cuanto de valor

tenía y lo deposité a sus pies, los padres quisieron impedirme, pero insistí, él era el Mesías y yo le debía todo.

HUAFAN: Yo saqué también, embelesado mi espada para ofrecérsela, pero me dio vergüenza... darle una espada. ¿Quién ha visto corderos con espadas? Entonces la guardé y decidí venderla hoy para comprarles ropitas y abrigos.

ELIUD: Callen, callen, por favor, estoy al volverme loco... Jeconías le brindó el establo, Huafán le ofrenda su espada, Alejandro lo llena de riquezas, pero yo, yo no tuve PARA EL LUGAR EN EL MESON.

ALEJANDRO: Cálmate Eliud, tú no lo sabías... además, José el padre, nos relató que el ángel que anunció su nacimiento, les había dicho que su nombre sería Jesús... porque él salvará a su pueblo de sus pecados... eso es sin duda para ti también.

ELIUD: Si, gracias a Dios por ello. Seguramente el Mesías me perdonará a mi también. Tus palabras me traen consuelo... Vamos, vamos a buscarlo. Lo llevaré a mi cuarto de príncipes, pero ¿qué llevarle como ofrenda? Ya tú le diste oro, Huafán le lleva ropas... ¿qué puedo llevarle yo? ¿Cómo puedo mostrarle mi amor? La paz que ya siento nacer en mi pecho. Pero qué necio he sido. Ya sé que llevarle:»LE LLEVARE MI CORAZON Y MI VIDA».

Oh Mesías, Ungido, Nazareno, Eliud el avaro, el que anoche te negó el mesón hoy, hoy que ya has venido, te abro de par en par mi corazón.

CANTO ESPECIAL

PALABRAS DE CONCLUSION SOBRE LA NAVIDAD.

HIMNO FINAL:»AL MUNDO PAZ NACIO JESUS»

FIN.